

2.

«Todas las ventajas del cristianismo y del alcohol; y ninguno de sus inconvenientes.»

(Aldous Huxley sobre el soma, la droga del placer «perfecto» en *Un mundo feliz.*)

Érase una vez una criatura que caminaba a dos patas, tenía un cerebro de gran tamaño y, tras miles de años de evolución, había desarrollado estados de ánimo positivos y negativos. Los negativos eran el miedo para impulsarla a huir y la agresión para animarla a luchar. Los estados positivos eran el placer y la satisfacción, que premiaban otros comportamientos ventajosos para su supervivencia.

Esta criatura prosperó tanto que dejó de estar sujeta a los caprichos del entorno natural y desarrolló tecnologías que finalmente dieron lugar a un mundo maravillosamente propicio en el que vivir. Ya no necesitaba huir ni luchar, ya que raramente se enfrentaba a peligros mortales. Tampoco tenía que ser recompensada por su buen comportamiento, ya que era fácil realizar actividades provechosas, como comer.

Las cosas empezaron a torcerse después: conseguir comida era tan fácil que hubo una epidemia de obesidad.

Esto significaba que las tasas de mortalidad a largo plazo de las criaturas empezaron a caer por primera vez en la historia de su evolución. Lo que es aún más extraño, cosas como el comer, que antes sólo proporcionaban placer, se convirtieron en causa de gran infelicidad.

Entre estas criaturas había unas que se denominaban neurocientíficos, y algunos de estos neurocientíficos no sólo creían que su trabajo revelaba nuevas cosas sobre el cerebro de sus semejantes sino que además estaban descubriendo la esencia del ser. Surgió un nuevo campo de investigación, la ontociencia. Eran muy inteligentes, desarrollaban pastillas y procedimientos que influían directamente en los estados de ánimo de sus semejantes cambiando la actividad química y eléctrica de sus grandes cerebros. Sostenían que, como especie, ellos y sus semejantes eran víctimas del éxito evolutivo. Ya no podían cambiar el deseo de comer en exceso, como tampoco podían volver a andar a cuatro patas; no podían encontrar la felicidad en un entorno manipulado, como tampoco podían empezar a vivir en los árboles. Las cosas eran así.

No obstante, los ontocientíficos tenían una solución: podían desarrollar pastillas y procedimientos que permitirían a esta trágica criatura ser feliz y saludable nuevamente. Para lograrlo, manipularían directamente el cerebro. Uno de los ontocientíficos conocía la novela *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, aunque los comentaristas se preguntarían después si la habría llegado a leer. Denominó a la tarea «Proyecto Soma».

Algunas de las criaturas se opusieron al Proyecto Soma. Se consideraban algo más que máquinas eléctricas y químicas para que las ajustaran como motores. ¿Qué

pasaba con la parte espiritual de la vida?, preguntaron. «¡Buah!», contestaron los ontocientíficos: «Olvidaos de esa antigua superstición; tenía sus ventajas en la sabana pero no sirve de nada en la ciudad».

A otros les preocupaba que si bien las pastillas podrían servir en casos extremos de infelicidad o enfermedad, los que las tomaran tendrían una vida libre de estados de ánimo exacerbados pero sin verdadera prosperidad, creatividad o pasión. «Umm», pensaron los ontocientíficos: «¿Pero qué otra cosa podemos hacer con nuestros problemas? No, creemos que las pastillas son lo mejor».

Otros mantenían que si como especie habían cambiado su entorno una vez, podrían cambiarlo nuevamente, quizás esta vez con algo más de sentido común. Las criaturas podrían aprender no sólo a vivir, sino a vivir bien. Podrían dejar de lado la búsqueda incesante de placer, que les ponía tan tristes, y forjarse unos hábitos y un *ethos* que les llevarían a una buena vida. Los ontocientíficos encontraban sospechoso ese discurso; olía a moralidad, esa forma nada científica de pensar, perpetuada por filósofos y teólogos. Además, la ética no era rival para las irresistibles fuerzas de la evolución.

«¡Tomaos las pastillas!», insistían los ontocientíficos. Tenían recursos y mucho dinero para difundir su mensaje. Y las criaturas se tomaron las pastillas.